

Los oficiales rojos
León Trotsky
Septiembre de 1918

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 1, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 335-340. Discurso pronunciado en los cursos de administración militar, en septiembre de 1918.)

Permitidme, camaradas, ante todo, transmitir un saludo fraternal, y a continuación las impresiones de aquellos ejércitos en cuyas filas he pasado el último mes y medio, observando día a día el crecimiento de su fuerza, de su unidad y de su heroísmo. Hace dos meses, camaradas, nosotros éramos mucho más débiles que hoy. Nuestro Ejército Rojo Obrero y Campesino ha dado un gran paso adelante. Sin hablar ya de nuestros enemigos, no pocos de nuestros amigos dudaban, hace dos meses, que pudiéramos crear un fuerte ejército revolucionario en un país agotado por cuatro años de carnicería, en un país que lleva al cuello la soga de la paz de Brest-Litovsk y que no ha superado la terrible herencia del zarismo y de la dominación burguesa. Pero resultó que las nuevas pruebas a que nos sometió la historia engendraron nuevas fuerzas. Constreñidos por la necesidad histórica y por una nueva guerra (guerra civil) la clase obrera rusa y el campesino pusieron en tensión sus fuerzas, y ahora vemos cómo, producto de esa tensión, se edifica el Ejército Rojo Obrero y Campesino.

El ejército que ha combatido en Kazán ha sido creado en unas cuantas semanas. En el frente de Kazán ha habido fluctuaciones, debilidades, inclinaciones malsanas. Hubo casos en que el tribunal revolucionario, con aprobación de todo el ejército, condenó a ser fusilado al comandante de un regimiento que, pese a considerarse comunista, abandonó vergonzosamente el regimiento y se embarcó para irse a Nizhni-Nóvgorod. A propósito de este caso el tribunal revolucionario declaró: “¡Los aprovechadores y los cobardes, en general, deben ser severamente castigados, pero aquellos que ocupando puestos de mando y portando el alto título de comunistas huyen del frente, traicionan, serán castigados el doble y el triple!” Y pese a su juventud, todo el ejército comprendió; con su intuición moral percibió lo justo que era este castigo implacable, y el regimiento se convirtió en uno de los mejores. Después ha combatido magníficamente, con auténtico heroísmo.

Así, camaradas, pese a que sólo existe desde hace poquísimos tiempo, en nuestro Ejército Rojo actúa ya con toda fuerza la conciencia revolucionaria, la cual agrupa todo lo que es honesto, noble, y arroja todo lo que es impuro y corrompido. Hace muy poco tiempo, sin embargo, se nos decía desde todos lados que no crearíamos un ejército disciplinado y firme. En verdad, los que así hablaban desconocen doblemente nuestro ejército. En primer lugar, la actual clase dominante, la clase obrera, aporta al ejército su profunda base moral; en segundo lugar, la clase obrera es consciente de esta profunda base moral, consistente en que nosotros luchamos por el objetivo más elevado de la humanidad, el cual justifica las más severas e implacables medidas contra aquellos que socavan los fundamentos del Ejército Rojo Obrero y Campesino. Si los generales zaristas pudieron instaurar la disciplina en nombre de intereses ajenos a la clase obrera, nosotros podemos y debemos instaurar una disciplina (y ya está instaurándose) diez veces más firme y sólida, porque es una disciplina en nombre de los intereses de la clase obrera.

En la literatura militar (hoy, precisamente, leía algo a este propósito en la revista, bastante mediocre, *Asuntos Militares*, publicada por los señores especialistas que, evidentemente, no han comprendido muy bien el espíritu y el sentido de la época de guerra) se plantea a menudo la disyuntiva: ¿adiestramiento o educación? Por

adiestramiento se entiende la educación física del soldado. Por educación la influencia espiritual ejercida sobre él. ¿Hemos negado nosotros el adiestramiento? Jamás. Lo hemos hecho, únicamente, más racional, más vivo, aboliendo las secuelas de arbitrariedad y rutina cuartelarias. Para nosotros el adiestramiento significa acostumar al soldado a servirse racionalmente de sus manos, de sus piernas, de su sable, de su fusil, y a manejar todo esto automáticamente. Un músico no puede ser buen músico si no sabe recorrer automáticamente el teclado con sus dedos, si debe buscar con los ojos cada nota por separado; lo mismo que el músico debe colocar automáticamente sus dedos en la tecla que corresponde, el soldado debe servirse automáticamente de su cuerpo, de sus armas, con el mayor rendimiento posible, en interés de la tarea de combate que le ha sido asignada. Y ello se logra, lo mismo que en la producción, por la mecanización de los movimientos. Cuanto más automática es su técnica tanto más libremente actúa su pensamiento, tanto más fácilmente se orienta en el espacio, aprecia el peligro, encuentra protección; y cuenta con mayor libertad para su creatividad en el dominio militar. El adiestramiento, es decir, el habitar al soldado al automatismo, no contradice su educación. Pero la educación es otro dominio, y aquí los señores especialistas militares no comprenden (claro está que no hablo de todos los especialistas; los hay a quienes la revolución abrió los ojos) que la educación concebida por nosotros es profundamente distinta, diametralmente opuesta, a la educación de la pasada época. ¿Qué se entendía por educación del soldado en la época zarista? ¿Qué se entiende por ella, actualmente, en Alemania y en Francia? Para la clase dominante, educar al soldado significa inocularle mentalmente la esclavitud, la obediencia; obligarle a no comprender sus propios intereses, los de su clase y los de la humanidad entera. Lograr esto en las condiciones de la sociedad capitalista es bastante difícil y por eso la educación del soldado en todos los países es cosa compleja, importante, delicada. Allí donde la religión acude en auxilio la cosa es más fácil, pero a medida que el sentido crítico gana la conciencia del soldado, y que éste no se somete ciegamente a las palabras de su sacerdote, resulta cada vez más difícil para la clase poseyente inculcar a la masa de soldados la necesidad de obedecer, es decir, educarla para servir los intereses contrarios a ella misma. Sólo nuestro ejército (el ejército, camaradas, al que vosotros servís) no es otra cosa, por primera vez en la historia, que el brazo armado de la clase obrera y de los pobres del campo. Por consiguiente, para nosotros educar al soldado significa mostrarle que en la persona de su clase y de su posteridad se sirve a sí mismo. Por eso nuestra educación es incomparablemente más fácil, más honesta, más sencilla, y en este sentido vuestra tarea, camaradas oficiales rojos, contiene una gran misión moral, cultural, unida a su misión militar. Vosotros podéis cumplir vuestra misión a condición de que cada soldado sienta, sepa, vea, palpe, que vosotros sois carne de su carne, sangre de su sangre. Claro está que vuestra pertenencia a las clases trabajadoras, vuestro lazo espiritual con las masas obreras y campesinas, no resuelve todo y deja amplio espacio a la apreciación individual. Ivanov puede ser valeroso, pero Petrov puede no serlo suficientemente. ¡Pobre del oficial a propósito de cuyo valor nazca la más ligera duda en los soldados! ¡Pobre de ese oficial: está muerto en la conciencia de las masas, está perdido para la acción militar! Vuestra primera cualidad militar es la misma que vuestra primera cualidad revolucionaria: el valor sin límites frente a cualquier peligro. La cabeza alta y orgullosa: he ahí la divisa de cada soldado. Y no es todo, camaradas: vosotros debéis ser y seréis (porque esta vocación vuestra la habéis elegido libremente) no sólo valerosos; debéis esforzaros sin tregua por ampliar vuestros conocimientos, vuestros hábitos, vuestra capacidad como dirigentes del Ejército Rojo. Yo he visto en el combate, en la acción, a unidades magníficas que no se sentían dirigidas por una mano técnicamente segura. Cuando advierten, en el momento crítico, que su jefe vacila, ¡pobre de este oficial, pobre de esa unidad! La unidad debe sentir en cada

momento, sobre todo en el momento de la batalla, que está dirigida por una idea firme, una visión clara y una mano segura. La masa consciente de los soldados no se queja porque a veces esta mano sea ruda; comprende su necesidad en aras de los intereses generales, comprende que lucha por los intereses de su clase y que la aptitud de la unidad para el combate es condición necesaria de esa lucha.

La cohesión y el perfeccionamiento del ejército es la segunda divisa de cada oficial rojo. Os llaman oficiales proletarios. En la sociedad burguesa la palabra “proletario” tiene un determinado matiz que no puede y no debe aplicarse a vosotros. Vosotros sabéis que cuando dicen: “Vive a lo proletario”, significa que vive mal; cuando dicen: “Vive en una casa proletaria”, significa que la casa es mala, y cuando dicen: “Come a lo proletario”, significa que la comida es poca. Pero el término “oficial proletario” no debe ser entendido ni interpretado como “mal oficial”. “Oficial proletario” debe significar oficial ejemplar, modelo de valor, de firmeza, de conocimientos, de fidelidad sin límites a la causa del país soviético. Esto significa oficial proletario. Gracias al zarismo y al viejo ejército la palabra “oficial” ha quedado comprometida entre nosotros y ha sido relegada al archivo, pero creo que vosotros vais a renovarla, a regenerarla, a darle un nuevo contenido y no dudo que la masa misma de los soldados renovará, regenerará, esta palabra, y cuando vosotros, hombres nuevos, penetrados de un nuevo espíritu, os presentas ante ella, los soldados dirán: “Nuestros oficiales rojos, obreros y campesinos”.

En el marco de las tareas militares de la revolución, vuestra tarea, camaradas, lo mismo que la tarea del Ejército Rojo, es, verdad, inmensa y digna de gratitud, en alto grado. Cuando los alemanes nos aplastaron en Brest-Litovsk parecía que no teníamos salida. Nos cortaron en pedazos, separaron a Ucrania de su hermana, la Gran Rusia, pisotearon Polonia, Lituania y Países Bálticos, ahogaron en sangre al proletariado de Finlandia, y de nuevo, cuando habiendo quedado desangrados comenzábamos a curar nuestras heridas, los rapaces anglofranceses americanojaponeses echaron sus garras en el norte y este. Parecía que no había salida. ¡Y sin embargo la hay! La Némesis histórica, diosa de la equidad, que en el actual periodo histórico se encarna en la conciencia de las masas obreras de todo el mundo, estuvo y está con nosotros. Parecíamos aplastados, ahogados por la agresión alemana, pero apenas pasaron unos meses y ahí tenéis que Bulgaria rompe con Alemania, y después le llega el turno a Turquía: en Austria-Hungría hay efervescencia y dentro de semanas o días el monarca austriaco caerá de rodillas. Alemania misma está aislada y en ella cunde el descontento y la agitación; el káiser, que repetía siempre: *Unser alter Gott* (“Nuestro viejo Dios alemán”) y mantenía con él las mejores relaciones, habla ahora de que es necesario atraer al pueblo alemán a una participación más directa en los asuntos gubernamentales. Guillermo habla como hablaba Nicolás en los primeros días de la revolución de febrero, pero tendrá que hablar aún otro lenguaje, y si no lo hace lo harán otros por él. La historia realiza ante nosotros un rápido viraje. La revolución levanta su bandera en Bulgaria, donde (según comunica la prensa) se ha formado el soviet de diputados obreros y soldados. La prensa burguesa alemana escribe que la culpa de la capitulación de Bulgaria no reside en la situación militar, sino en las ideas del bolchevismo, que no sólo han ganado a las masas populares sino al ejército búlgaro. “Ideas del bolchevismo”: esto significa que crece en todas partes el odio y la indignación de los trabajadores contra la infame matanza burguesa a donde fueron llevados por las clases poseyentes. Nosotros lo hemos previsto y fundamos sobre esa previsión nuestra política, pero entonces nos acusaron de error puesto que habíamos sido obligados a firmar la triplemente dura y vergonzosa paz de Brest-Litovsk. Nosotros dijimos: “Nos vemos obligados únicamente a tener un poco de paciencia; dadnos un plazo y encenderemos el fuego de nuestra revolución en los corazones de los pueblos de Alemania y Austria-Hungría; Ucrania y Polonia, Finlandia y los Países Bálticos, serán

liberados.” Claro está, los imbéciles y los desolladores que forman los gobiernos francés e inglés se frotan las manos de gusto pensando que si las masas están debilitadas hay posibilidad de acabar con Rusia. Se equivocan. A cada uno su hora: después de Rusia, Bulgaria; después de Bulgaria, Turquía, Austria-Hungría; tras ellas Alemania; después de Alemania, o al mismo tiempo, Francia, Inglaterra y otros países. Cada uno a su hora y nosotros predecimos con absoluta convicción que el debilitamiento del imperialismo alemán no significará solamente la revolución en Alemania sino también en Francia, Inglaterra, los Estados Unidos y el Japón. Nosotros contamos actualmente en el mundo con más aliados que enemigos, y precisamente por esto no debemos permitir a nuestros enemigos asestarnos un golpe mortal en el curso de este periodo transitorio. En esto consiste la principal tarea militar de la república soviética, del Ejército Rojo y de vosotros, sus comandantes. Como sabéis, las picaduras de los insectos que están en trance de morir son con frecuencia mortales, y para que el imperialismo agonizante en el este y en el oeste no nos aseste un golpe mortal, tenemos que estar vigilantes, tenemos que ser fuertes, firmes, y sobre todo vosotros, camaradas, que sois una parte del esqueleto del Ejército Rojo Obrero y Campesino, una parte de su columna vertebral, y sobre la columna vertebral reposa todo el organismo. Si la columna vertebral es débil, el organismo no sirve. Vosotros tenéis que ser el sólido armazón sobre el cual se asienten los músculos del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos; vosotros debéis fortalecer la causa de la revolución mundial, conscientes de que no hay tarea más elevada que aquella a la que vosotros servís. ¡He ahí vuestro primer deber!

Hoy, mirando hacia el Volga, hacia el Ural, podéis decir con entera satisfacción: tenemos un ejército, está constituyéndose, se consolida, y en las cercanías de Kazán ha batido en brecha a batallones de oficiales, compuestos únicamente de antiguos oficiales zaristas. En el enemigo cunde la descomposición y entre nosotros, en el Ejército Rojo, se eleva la moral, la conciencia, la confianza.

Pero a veces nos falta personal de mando y vosotros estáis llamados a colmar esta insuficiencia, a poner os a la cabeza de nuestras unidades del Ejército Rojo. Yo os saludo fraternalmente, os tiendo la mano a cada uno y os digo: “¡Sed bienvenidos, oficiales proletarios rojos, al Ejército Rojo de Obreros y Campesinos! Por vosotros, oficiales rojos, por nuestro Ejército Rojo de Obreros y Campesinos, por nuestra Rusia Soviética, a la que cada uno amamos y por la que todos estamos dispuestos a sacrificar nuestras cabezas y a verter hasta la última gota de nuestra sangre, por nuestra Rusia Soviética, Obrera y Campesina, ¡hurra!

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es